

Si tuviéramos que seleccionar un tema para capturar el mensaje de Pascua y estos Domingos de Pascua que nos llevan a la climática conclusión en Pentecostés, les sugeriría: "el Final como Principio".

El Evangelio de hoy comienza con el final de la historia del encuentro entre Jesús resucitado y de los discípulos Cleofás y sus compañeros anónimos en el camino de Jerusalén a Emaús durante la cena en la posada de Emaús. De nuevo, Jesús resucitado se le apareció a los once discípulos que estaban acurrucados juntos en el Cenáculo, en Jerusalén. Al igual que el relato de San Juan el cual escuchamos el Domingo pasado, San Lucas igualmente enfatiza el estado físico de Jesús resucitado, "*Miren mis manos y mis pies: soy yo*". La invitación que dirigió al apóstol Tomás la semana pasada ahora la dirige a todo el grupo: "*Tóquenme y convénzanse: un fantasma no tiene ni carne ni huesos, como ven que tengo yo*". Y luego agrega: "*¿Tienen algo aquí para comer?*" (Lucas 24: 39, 41) A continuación, los discípulos le dan una pieza de pescado cocinado y que Jesús lo consume rápidamente. Una vez más el reconocimiento de Jesús Resucitado proviene de encontrarlo a él en medio de los discípulos que estaban reunidos en comunidad, llevando sus heridas, y a quienes Jesús les habla sus palabras en el contexto de compartir una comida. Esto es lo que continuamos experimentando nosotros cada vez que nos reunimos en la Eucaristía. El Evangelio de hoy nos describe un encuentro con Jesús, esto después de que terminó su vida puramente terrenal, y nos presenta el comienzo de su continua presencia y obras a través de la iglesia, sus discípulos de entonces, y ahora para nosotros.

Clarence Jordan, un agricultor y erudito griego del Nuevo Testamento, fundador de *Koinonia Farm*, (Campo Koinonia), que era una pequeña pero influyente comunidad religiosa en el suroeste de Georgia(USA) y que fue también instrumental en la fundación de *Habitat for Humanity*, (Hábitat para la Humanidad), además escribió varios libros, incluyendo "*The Cotton Patch Gospel*", (el Evangelio de Patchwork). En uno de sus sermones Jordan afirma: "La resurrección coloca a Jesús en *este lado* de la tumba— aquí y ahora— en medio de esta vida. Él no está parado en la orilla de la eternidad haciéndonos señas para que nos unamos allí. Él está parado junto a nosotros, fortaleciéndonos en esta vida. La buena noticia de la resurrección de Jesús no es que nosotros iremos a morir o nos vayamos a la casa con él, sino que él ha resucitado y viene a casa con nosotros, trayendo

consigo a todos sus hermanos y hermanas que están hambrientos, desnudos, sedientos, enfermos y prisioneros"—se nos aparece a nosotros en lo nuestro propio y en las heridas de nuestros hermanos y hermanas como lo vimos el fin de semana pasado.

Al igual que los discípulos de Emaús y de los once reunidos en el Cenáculo en la mesa, nosotros al final de cada Eucaristía somos enviados a ser la presencia de Jesús resucitado en el mundo. El Jesús resucitado camina entre nosotros en "carne y hueso"— nuestra carne y hueso: él es nuestra familia y amigo quién ofrece su amor a nosotros, y recibe el amor que anhelamos de dar; él es el atribulado y pobre que nos desafía a imitar su compasión y servicio. Al llamarnos de ser "testigos" de su resurrección, Jesús nos pide que vivamos su Evangelio de paz y reconciliación en el contexto de nuestra vida cotidiana, en las complejidades de nuestros lugares de trabajo, en la lucha para hacer realidad nuestras esperanzas y sueños para nosotros mismos y nuestra familias, en nuestra abogacía por los sin voz en nuestra sociedad y el mundo, en alcanzar a aquellos que viven en las periferias de la vida—experimentando el amor de Dios, el cual el autor de la primera carta del apóstol san Juan habla (la segunda lectura de hoy) que ha sido "verdaderamente perfeccionado"— completado—en nosotros. Esto es lo que es de ser convertido en Jesús, como lo dijo el apóstol san Pedro en la primera lectura de hoy de los Hechos de los Apóstoles. Es el final de una antigua manera de vivir y de ser, y el de abrazar un nuevo comienzo— de vida en Cristo, no en algún sistema filosófico de pensamiento, sino físicamente en nuestro cuerpo, y sí, en nuestras heridas y a través de ellas.

Si citamos a Clarence Jordan una vez más: "En la mañana de la resurrección, Dios puso la vida en tiempo presente, no en el futuro. Él no nos dió una promesa sinó una presencia. No una esperanza para el futuro, sinó poder para el presente. No tanto la seguridad de que viviremos algún día, sinó que Jesús ha resucitado hoy. ... La prueba de que Dios resucitó a Jesús de entre los muertos no es la tumba vacía, sino el corazón lleno de sus discípulos transformados. La evidencia más destacada de que él vive no es una tumba vacante, sino una comunidad llena del espíritusanto. No es una piedra removida, sino una iglesia transportada".

El Final como Principio.

Padre Jim Secora